

LAS REVISTAS

PORTALES.

Entre los diversos trabajos que la figura de Portales ha motivado últimamente, sobresale la magnífica conferencia que Alfonso Bulnes dió en la Biblioteca Nacional, poco antes de su partida a Europa, en las charlas semanales del grupo «Índice».

De ella extractamos los párrafos principales:

Fuerte y fino era el óvalo de su rostro; la escasa carnadura pálida cubría sin ocultarla la noble arquitectura de los huesos; igualmente pálidos y febriles dejan las vigiliás el rostro del asceta y del libertino, y la naturaleza no parece interesarse en las clasificaciones morales que nosotros hacemos.

Larga, recta y aguzada la nariz, con sus cavidades abiertas más de lo común; en sus bordes aletearía la sensibilidad, cuando en las pupilas chispeaba la pasión y en la fisonomía movable se contraían las mejillas.

Y con la nariz, las mejillas y los ojos, serpenteaba levemente la línea de los labios, tiranteada a sus horas por el deseo, la complacencia o el sarcasmo.

¿Quién podría, pues, y para qué, tratar de fijar una sola realidad objetiva de las facciones en una fiso-

nomía cuya funcional realidad fué el cambio sutil y permanente?

Era airoso y siempre rápido en el andar, su cuerpo delgado y flexible; no muy alto, bien construído pero fino de proporciones. Su voz era limpia y varonil, y al hablar irrumpía precipitado por la tonalidad vehemente del espíritu.

Esa es la visión demasiado fugaz que la historia nos ofrece del joven calavera en sus días de omnipotencia.

Su figura física se hallaba poseída del espíritu más fuerte de político que hemos tenido en Chile. Diversos materiales humanos entraron en la composición de esta alma singular:

Si queremos comprender algo del paradójico espíritu de Portales, necesitamos echar una mirada a los materiales humanos que lo engendraron, ya que en la mayor de las originalidades psíquicas que el mundo puede ofrecernos siempre hallaremos, rastreándolas, reviviscencias, repeticiones de espíritus que fueron. Reviviscencia o repetición; nada hay totalmente nuevo bajo el sol; reviviscencia o repetición, y el resto lo hacen las circunstancias en que el repetidor viene a actuar.

Ni el nombre de pila que le colgaron para la vida era virgen:

Diego Portales era ya una especie de fórmula permanente en nuestra sociedad colonial. Y era un nombre con contenido propio, con acervo hereditario. ¿Cuál era ese contenido?

El instinto español de conquista junto con la fuerza que trajo para sostener a España en América, e intuyendo que la fuerza es deleznable factor temporal si al servicio de ella no se crea la mística de la autoridad, y con ese realismo que era también básico en la psicología hispana, trajo la mística en exterioridades sensibles, en fórmulas verbales y en una minuciosa reglamentación de la vida de los funcionarios altos en quien se delegaba en América la autoridad real.

Y acaso en Chile, excepción hecha del Gobernador, y dentro de su órbita, de los Obispos, nadie personificaba más la mística de la monarquía y, por ende, la mística en abstracto de toda autoridad, que los Oidores de la Real Audiencia. Su vestir aparatoso de ceremonia, su tratamiento en fórmulas hieráticas, el aislamiento absoluto en que debían vivir, la conciencia de depositarios del don divino de juzgar que la ley les inculcaba, todo concluía por convencerlos a ellos y por convencer a la masa que les rodeaba de que estaban, por encargo providencial, lejos y por encima de todos.

Y un don Diego Portales, ya un siglo antes del don Diego que fundó la República ordenada, vestía en Santiago el traje talar de Oidor, con mangas y sobrecuello, a manera de esclavina, y dispensaba al oscuro vecindario la decisión de justo o injusto que de derecho natural correspondía a Dios.

Tras de las altas funciones de la justicia, se asociaron al nombre de Portales, en las postrimerías de la sociedad colonial, responsabilidades administrativas que, en aquel entonces, conferían también superioridad; la recelosa hacienda monárquica no entregaba sino en

manos muy calificadas la acuñación de los metales en sus distantes posesiones de América, y muy dignas de la confianza real debieron de estimarse las nuevas generaciones de Portales para que la Corte de España encomendara sucesivamente a dos de sus miembros la Superintendencia de la Casa de Moneda, recientemente convertida en repartición administrativa y desempeñada por tan relumbrante personaje como fué el Conde de la Conquista, don Máteo de Toro y Zambrano.

Con la sangre de tres generaciones entraron fluyendo en las venas del último don Diego de la familia, el hábito de la autoridad, el sentido del orden, la conciencia de la ajena y elevada confianza, todo aquello que no hace deseable el poder, porque crea la ilusión de tenerlo latente, y que arrastra fatalmente a ejercitarlo cuando el poder vuelve en realidad a ponerse al alcance.

Y aquella permanencia de la familia al frente de la industria más valiosa del Estado explica también quizá, junto con otros factores circunstanciales del ambiente, el que don Diego Portales, el futuro dominador, ligase la mayor parte de su giro comercial particular a operaciones de carácter fiscal.

Dominante y desproporcionado, como aparecía sobre las modestas viviendas del vecindario la mole piedra que levantó Toesca para la Casa de Moneda, debió de subsistir dentro de don Diego el innato instinto de autoridad creado en las conciencias de las generaciones a que pertenecieron sus mayores por el poderío español que, en la época en que don Diego nació, empezaba a hundirse en un crepúsculo sin retorno.

Con la figura de Portales entró al gobierno el elemento pintoresco, desenfadado, alegre que des-

pués no ha existido. Después habremos tenido lo grotesco en nuestro panorama político, pero lo pintoresco no:

Nuestra historia chilena es una historia sin color; es un tema para dibujantes, grabadores o aguafuertistas, para los artistas del rasgo, seco, recio y profundo, rebelde a toda paleta. Raza y medio físico se compenetran e identifican en ese aspecto.

La tierra nuestra se expresa ante todo por la desigualdad; su mayor belleza se la dan la ondulación, la quebradura, la eterna tendencia de la roca a hacerse valle y el repechar de la quebrada para hacerse ladera. Es una tierra que no reposa la porción que mayormente admiramos de nuestro territorio, la porción propiamente histórica de Chile, una tierra incapaz de horizontalidad. En la montaña nuestra, el sitio que pudiera ocupar el árbol lo decora el peñasco en inestable equilibrio, y si el árbol medra, defiende con espinas su soledad. Todo es seco, sobrio, ceñudo, el paisaje que llamamos chileno por encarnar la belleza más típica del estupendo suelo nuestro y porque allí formó su perfil la raza que, ya hecha, avanzó lentamente a anexar la llanura.

Con ese paisaje se identificaron la raza, las costumbres y nuestra historia; en vano buscaríamos en ellas la interpretación pintoresca, la mancha de color. Los hombres de nuestra historia, los hechos de nuestros hombres, los historiadores de nuestros hechos, todos son ceñudos y ásperos como la roca.

Y aquí se nos aparece una de las mayores seducciones de la vida de Portales; con él y alrededor de él, entra en la historia lo pintoresco.

El estadista bohemio que alternó el ejercicio del poder con el arpa y la vihuela de la chingana criolla, es el hombre de las letrillas y de los sobrenombres, del pas-

quín dicharachero en la oposición, el hombre de los jinetes, los domadores y los bufones; el hombre hasta en cuya tragedia final se agrupan elementos de color, como son las dominaciones de sugerencia cabalística de aquel paisaje de las Siete Hermanas—las siete colinas y las siete quebradas que sirvieron de escenario a la escaramuza y al asesinato—entre las cuales era inconfundible la Hermana Honda.

No se había satisfecho en Santiago con la libertad política el apetito de libertad; se había creado en la juventud, al alcanzar la libertad nacional, un estado espiritual de liberación que irrumpió como siempre en las costumbres y en afán de jolgorio. Lejos de los sitios de las arduas discusiones políticas, las nuevas generaciones habían echado a vuelo las campanas de la locura, y por todas partes y en cada calle vecina a la plaza principal se abrían cafés, fondas más lejos, y chinganas en los tolerantes barrios apartados. Era un crescendo de cantos, músicas y bailes que desvelaba al quieto vecindario. Creció también en los corrillos el rumor de que los establecimientos y las casas que tal bullanga hacían eran fomentados por el Ministro pelucón para distraer de la política al pipiolaje.

Si así fué, habrá de reconocerse que bien supo compartir el Ministro las seductoras distracciones que brindaba a la oposición. Sin perjuicio de más reservados sitios y pasatiempos, viósele a él en todas partes, bajo los parrones donde se bailaba la zamba, en las salas donde cantaban las petorquinas, junto a las mesas de malilla, en las filarmónicas, en los mal alumbrados billares, en los teatros en que los cómicos solían, en medio del espectáculo—sin intención y cuando el ministro no se hallaba presente—, hacerle puéviles jugadas al gobierno, como cuando Morante, al cantar el «Trípili, Trápala», el estribillo

musical del momento, cambiaba el «peluquín, peluquín de Antón», por «peluquín, pelucón de Antón» entre aplausos del auditorio.

Era el Chile de porcho, el del arpa y la vihuela, el Chile del adjetivo enérgico y el tono socarrón que adquiría a la luz pública derecho de ciudadanía bajo la mirada cómplice de don Diego.

Pero un signo trágico presidía su destino, y trágico fué su fin:

Sobre las Siete Hermanas había vertido ya el invierno de 1837 los primeros aguaceros, pero aún alternaban con los días en que las lluvias impregnaban los lomajes y dejaban rodar hacia el fondo de las quebradas que entre ellos serpenteaban las aguas sobrantes, ciertos días en que el sol, calentando la tierra empapada, tendía sobre el verde de los cerros fertilizados esa luz dorada de nuestra costa, y solían también levantarse otras veces, a influencia del calor, los velos suaves de las nieblas.

Por lomajes y quebradas serpenteaba el camino real que unía a Quillota con el Puerto, tardíamente transitado por míseros arrieros, a veces por fuerzas militares, y ahora también de ida y de regreso por un birlocho de viajeros que, al ir, llevaba a un hombre en plena omnipotencia y al regresar traía al mismo hombre con grillos de prisionero, toda aquella mudanza en el desproporcionado lapso de cuarenta y ocho horas.

Allí, en esa red de caminos y quebradas, entrecruzada por otra red más impalpable de sendas de atraveso, vericuetos en que sólo los prácticos se aventuraban, había de desarrollarse la tragedia material, breve de horas, en que florecería el destino encarnado cuarenta y cuatro años en la vida del hombre que comentamos.

Sin decoración alguna de grandeza, bajo el alero de totoras de

un rancho de Tabolango, el hombre que de un círculo de bayonetas homicidas que lo cercaron en la plaza de Quillota había sido traído en el birlocho al caserío escondido entre las Siete Hermaras, oyó la frase siniestra del Coronel Vidaurre que anticipaba lo previsto y también lo imprevisto, pero inevitable, del próximo desenlace:— «Señor. Ministro, ya el dado está tirado.»

Estaba contenida la tragedia de Portales en la constante antítesis que fué su vida, y que Bulnes ha remarcado con notable acierto psicológico:

Comparad en Portales el esfuerzo, el logro, la satisfacción. Primero el amor de juventud y el hogar formado, y la muerte que lo destroza con rapidez. Luego, su vida de comerciante, el empeño en los negocios, la lucha por la utilidad, ¿y para qué? ¿era acaso por el dinero? Ni tenía exigencias en qué gastarlo, su vida sobria, ni era capaz de atesorarlo su desprendimiento; tanto menospreciaba el dinero, que ni sus sueldos quiso aceptar jamás; ganaba, podía seguir ganando, y siempre estaba pobre. Más tarde, el poder; lo ejercitó, eliminó rivales, fué omnipotente, y el poder le repugnaba. Las mujeres y el amor volvieron a entrar en él; pudieron darle la ternura, la suavidad, la paz; apenas saciaba su sed violenta del momento.

Hay una antítesis constante en él, entre apetencia y reacción; la hay también, y hacia el exterior, entre los móviles, los hechos y los resultados. De tales antítesis se forma toda tragedia.

El loco y el bohemio dieron a Chile la autoridad que los patriarcas, los sabios y los militares no supieron darle; el dictador de la República no podía llegar a Santiago sino a escondidas en los días de su omnipotencia; el hombre

presentado como atropellador de libertades evacuaba en una carta la consulta de una madre sobre el matrimonio de su hija repitiéndole, una y otra vez, que ante todo había de contemplar las inclinaciones sentimentales de la hija; el representante oficial de la nación en la Vicepresidencia y el amigo de juergas y tertulias, se recluía en la vivienda más miserable de un campo desolado, a gozar del silencio y de la soledad; el gobernante que levantó un ejército para derribar en el exterior un foco de poderosa anarquía para los vecinos que lo albergaban, cayó asesinado por los miembros del propio ejército que él había levantado, y por última antítesis, la eliminación del hombre por el crimen, dejando huérfana la obra, logró afianzarla por treinta años con la sola virtud del horror público.

En el mismo número de *Indice* de donde hemos sacado la conferencia de Alfonso Bulnes anotada, vienen otros artículos de Mariano Picón Salas, Ricardo A. Latcham y Eugenio González Rojas, de marcado interés.

En uno de los últimos números de la *Revue d'Allemagne*, Olivier Brachfeld se ha ocupado en forma clara y acertada de la personalidad del célebre psicólogo austriaco Alfredo Adler, cuyas doctrinas son a menudo citadas junto con las de Freud:

La idea que se han formado en Francia de las teorías de Adler, del que se cita frecuentemente el nombre y del que no se conoce la doctrina, es no solamente diferente de la existente en los espíritus alemanes, sino que es singularmente equivocada, y este error se mantiene con la fuerza habitual

de los grandes errores en cierta parte, porque nadie hasta la fecha se ha tomado el trabajo de criticarlo y refutarlo.

Desde luego sus doctrinas no son iguales ni con mucho a las freudianas, tienen tanta importancia como éstas y cuentan con menos partidarios porque son más lógicas que las emanadas del psicoanálisis:

Adler opone a la teoría freudiana su concepción integral del hombre que él considera como una unidad orientada hacia un fin último, concepción teológica y finalista que ha sido confirmada por la biología y que se encuentra en notoria oposición con el determinismo causalista de Freud. El no se contenta con estudiar, en lugar de las causas, los fines de los fenómenos físicos, manera de ver que le permite casi siempre colocar más lejana la investigación psicológica que si partiera desde un punto de vista causalista: define al hombre en cuanto individuo (es decir, indivisible, in-dividuum.) del que el psicólogo debe tomar sobre sí la tarea de descubrir el fin central más o menos ficticio, más o menos consciente del hombre; el camino por el cual este fin ha venido a fijarse desde la infancia, por lo que llama las «líneas directrices», las «líneas de conducta» de la vida.

Esta tendencia central de su teoría, su contenido mismo y la posición adoptada ante el problema, difieren también del problema de la psicoanálisis freudiana, diferencia fundamental que tiene sus raíces en la concepción del mundo y en la concepción de la vida de los dos sabios y que impedirá siempre juntarse a sus respectivas teorías, a pesar de las predicciones de algunos. La conducta del individuo es determinada por la interferencia de dos sentimientos funda-

mentales: la *conciencia de la inferioridad* y el *sentimiento de comunidad*, o sea la conciencia social del hombre. Es el primero el que da origen a la «tendencia de valorarse» que fué interpretada en Francia como una especie de sustituto de la *libido* freudiana, y que se traduce por el «instinto de dominación», lo que en realidad no es. Se ve aquí cómo la psicología adleriana fué mal comprendida en Francia; y si se habla de «un complejo de inferioridad y de superioridad que nos viene de América» (Paul Janet), se adopta la forma americana de la psicología adleriana que ha tenido un gran éxito en Estados Unidos, y se ignora completamente el origen verdadero de dicha idea.

La queja de Brachfeld no puede ser más justificada. Se ha ignorado durante mucho tiempo la fuerte personalidad de Adler, que merece el interés de todos los estudiosos. Pero Adler no es sólo un neurópata y un psicólogo, es algo más: un espíritu filosófico perpetuamente preocupado por todas las interrogantes espirituales, en trance constante de renovación:

Después de haber dejado inconclusa su teoría de las insuficiencias orgánicas—la que fué continuada por otros como Bauer, Krehl, etc.—, Adler se consagró por completo a la psicología, es decir a la exploración de la naturaleza y del alma humana. Llegó, poco a poco, a una especie de «imperativos categóricos» que la estricta lógica vital de Kant nos impuso a todos: cada hombre tiene para resolver tres problemas capitales en la vida: problemas de los que la solución o la no solución nos sirven de puntos de referencia preciosos para el estudio del carácter, y que, no resueltos, pro-

vocan cierto desequilibrio en la personalidad humana. Estos problemas son: el de las relaciones del yo con el no-yo (es decir, de las relaciones más contigo, pudiera decirse), y por lo tanto con la sociedad que nos rodea: es el problema social; el problema de nuestras ocupaciones diarias, de nuestra profesión, y por fin la cuestión sexual para la cual, según Adler, no hay otra solución que el matrimonio.

Por haber formulado estos tres problemas capitales de la vida humana desde un punto de vista individual, pero más aun desde un punto de vista social—los tres problemas son otras tantas cuestiones sociales—, se llevó el desprecio y el ataque de sus colegas vieneses, dominados por las ideas que Freud acababa de emitir.

Pero no es un espíritu que debe quedar a la sombra del creador de la psicoanálisis. Espíritu puramente empírico y práctico, no se ha negado jamás a corregir y modificar sus teorías según lo que la realidad le presentaba; espíritu el menos dogmático, no quiere sino curar, aportar socorros a los que sufren y calmar las fiebres y las neurosis de nuestra vida».

KEYSERLING Y EUROPA.

En una nota no exenta de humorismo, Jean Guéhenno se refiere al conde Keyserling, en el número de Septiembre pasado de *Europe*, una de las mejores revistas de cultura francesa de la actualidad, influenciada abiertamente por el capital y por la mentalidad judía. Nuestro conocido y pintoresco filósofo viajero, es tratado en forma irónica y estrecha por el comentarista francés:

La unidad de Europa que M.